

Enrique Bunbury
Exilio Topanga



La Bella Varsovia / Poesía

Exilio Topanga

Enrique Bunbury

La Bella Varsovia / Poesía

JUGOS DE FRUTA

La casa de Topanga Canyon Road
pertenece a los dueños
de una célebre empresa
de jugos de fruta,
que supieron vender
en el momento adecuado
para montar otra gran empresa
de jugos de fruta,
todavía más exitosa y orgánica.
Es la prueba del éxito americano:
si tienes dinero,
no te costará demasiado
hacer más.
No sé si es buena noticia,
o aterradora y preocupante.
Siempre me alegra el éxito ajeno
y nunca envidio el coche de nadie,
ni rayo con una llave
la puerta de un Maserati.
Antes debería
sacarme el carné de conducir.

Lo mejor de la casa
de Topanga Canyon Road
son los terrenos, en plural.
No se sabe bien dónde acaban.
Nunca se preocuparon de este tema.
Delimitar los confines de una montaña
es una ordinariez, a todas luces.

En mitad del ascenso,
levantaron y mimaron
una caseta abierta,
para yoga y meditación,
con ojos cerrados
y chakras abiertos
a preocupaciones terrenales.
Más arriba se descubre un sendero,
entre arbustos enredados
y matorrales de parque estatal.

Con habitaciones suficientes,
bastantes más de las necesarias,
cualquiera puede imaginarse aquí
una vida sin preocupaciones,
como en casi cualquier otro lugar
de Topanga Canyon Road.

Lo más impresionante
es el precio que acordaron y solicitan
para hacerse con suficiente plata
y salir de un país en llamas,
dispuesto —hoy—
a arrancarse los ojos
por un telediario
o artículo de opinión.
Mucho más económico
de lo que cabría esperar
para nuestros posibles,
a lo que accedemos,
sin rechistar y un poco de puntillas,
presintiendo que no merecemos
ni tanta suerte
ni tantas comodidades.

Supongo que algo hizo cambiar de parecer
a los dueños de la casa
de Topanga Canyon Road,
los de la empresa
de jugos de fruta
que vendieron en un buen momento
para poder montar otra gran empresa
de jugos de fruta
mucho más exitosa y orgánica:
quizás no haga falta nada más.
Alguien accede a los requerimientos
y ya no te parece
el momento de vender
lo que pusiste a la venta,
ni tienes las ganas
de mudarte a Costa Rica,
o a donde sea que quieras instalarte
en Centroamérica.
Quizás los problemas de este país
solo sean una fase pasajera,
un ciclo que viene
y que se irá...
Quizás eras más feliz
de lo que creías en esta casa
que están a punto de comprar
estos completos desconocidos,
aunque en cinco minutos de charla
les pareciéramos buena gente
y aseguráramos no ser
asesinos en serie
ni traficantes de armas.

Escribimos una bellísima carta
a los dueños de la casa
de Topanga Canyon Road,
recreándonos en los detalles
de la fascinación y la maravilla
de hogar que habían creado:
que pensábamos honrar su tiempo
en este idílico lugar...
Así, durante un par de páginas,
dorando la píldora,
dando coba,
acariciando el lomo
y toreando la res,
para ablandar el corazoncito
de la familia de empresarios
que revolucionó el mercado
de los jugos de fruta.

Al día siguiente de nuestra visita,
después de leer nuestra carta
y sus adulaciones, dispuestos a todo
por esta casa de ensueño
y ganga de mercadillo,
nos confirmaron su decisión irrevocable
de no vender, envejecer y morir
en Topanga Canyon Road.

BELLINI DRIVE

La casa de Bellini Drive
nos parecía interesante,
espectacular
en las fotos de la agencia,
durante las escasas semanas
en las que la oferta se mantuvo en pie,
mientras pasábamos por alto
algunos inconvenientes como
«zona residencial»,
por ejemplo,
o «¡Esto no es Topanga!»,
despreciando.

Alguna ventaja tendrá
pertenecer al comfortable club
de la clase media del valle del Oeste,
entre Encino y las colinas de Agoura.
«Todo», dicen sin rubor, «son comodidades:
cerca de los centros comerciales,
de los dojos de karate y la autovía ciento uno».

A la chica de la agencia inmobiliaria
—le llamaremos Rose—
se le ha hinchado el brazo
como a un elefante,
vacunada
contra la gripe estacional.
Asegura que todo va bien,
que no le preocupa

y que este invierno
no tendrá ni tos
ni mocos.

Orgullosa y vigilante,
la casa de Bellini Drive
—construida en lo más alto
de la colina, al fondo de la calle,
perpendicular a Rossini,
conformando la Gran Era
del Bel Canto,
cerca de Mullholland—
escucha el aleteo de los halcones
y el aullido de los coyotes,
tan a lo lejos
que tienes que imaginártelos.

Bellini murió a los 33 años de disentería.
Rossini a los 76, de cáncer colorrectal.
Bellini tiene un cóctel con su nombre,
una mezcla de prosecco y durazno
que popularizó el Harry's de Venecia,
al que acudían —quién si no—
Hemingway y Orson Welles.

La casa de Bellini Drive
luce en su patio trasero
colina propia y altanera;
invita a contemplar el cañón
y a reflexionar sobre los crímenes
cometidos, con cuchillo de luz solar,
para llegar hasta esta atalaya.

Después de cien años de sobriedad,
pone a prueba mi compromiso
con la rehabilitación y me planteo,
muy en serio, la suscripción vitalicia
a la Compañía de Vino
Natural y Ecológico
del Valle de Napa,
para leer —mientras atardece—
a William Carlos Williams,
saboreando una botella de Zinfandel
del noventa y dos.

La inspección geológica
es una experiencia fascinante
y recomendable
en zonas construidas
sobre fallas tectónicas,
con terremotos frecuentes.
¡Vaya usted a saber
si hay peligro de desprendimientos,
grietas subterráneas
o arenas movedizas!
El geólogo de guardia
viste impecablemente de geólogo:
que nadie le confunda
con un interventor cualquiera
de menor grado.

En el plano perimetral
no queda claro a quién pertenece
la falda de la montaña
del patio trasero:

pero, sea quien sea,
posee la mitad del patio trasero
de la casa de Bellini Drive.
Las próximas lluvias de febrero
arrastrarán la colina
como agave sobre una tostada
que se desmorona en la mesa
de la cocina durante el desayuno.
Cerramos la puerta,
salimos corriendo
antes de entregar
el cheque al portador,
para que —«tente mientras cobro»—
no haya vuelta atrás.

LAS LLAVES

Después de semanas de llamadas,
papeles, firmas, conversaciones
estériles o inconclusas;
de mantener en vilo el aliento,
de esparcirnos, despedazarnos,
perdernos y encontrarnos de nuevo;

hoy, a las doce del mediodía,
a la hora acordada —ni un
minuto antes, ni después ninguno—,
puntuales a la cita,
hemos recibido, sin ceremonia
ni fuegos de artificio,
las llaves. En mano;
dos. Cobrizas, corrientes,
como las que llevamos todos
en nuestros bolsillos,
amarradas a cadenas,
a colgajos, a aretes
que acomodan, reúnen,
disponen y delimitan
la comarca de nuestros dominios.

Las llaves del nuevo reino,
custodiado y protegido
por una puerta de entrada
que es también la de salida,
con cinco puntos de cerradura,
seguridad máxima; aunque apenas

se conozcan casos de expolio
ni delincuencia constatable,
solo resquicios en la memoria
del asesinato de Gary Hinman
en el nueve-seis-cuatro de Old Topanga Road,
en julio de mil novecientos sesenta y nueve.
Siguiendo órdenes de Charles Manson,
Bobby Beausoleil le asestó
dos puñaladas en el pecho,
mientras Susan Atkins y Mary Brunner
cubrían el rostro de Gary con cojines
de raso y plumas de ganso,
asfixiándole, agonizando hasta morir,
con un rosario de cuentas budista en las manos,
entonando: «Nam Myōhō Renge Kyō».
Por lo demás, aquí parece reinar
—hoy en día— tranquilidad montañera,
de espina de pino y
camisas de franela y leña seca.
Población: ocho mil doscientos
ochenta y nueve habitantes
censados.

Algunas pequeñas contrariedades:
los coyotes que devoran a las mascotas
de las señoras de pelo largo y cano.
Al final de un verano eterno,
de calor desértico y
vientos de secador,
algunos incendios sorprendidos
y conversación telefónica
—o llamada en espera—
con la aseguradora,

desde la habitación de un motel
de carretera en el valle.

El futuro es ya...
Hasta la próxima tregua.
Aunque parezca
que algunos ruegan
por no hacer planes de ningún tipo,
tampoco vayamos
a ponernos quisquillosos
al despertar y ver amanecer
desde un rincón cualquiera
del cañón de Topanga.
Nuestra historia no será una flecha
avanzando pareja con el progreso,
pendientes de una hebra
de hilo de ovillo de lana,
con los cíborgs y las víctimas
del fundamentalismo científico:
pobres hombres,
con el chip en el corazón
y con la moral de un chimpancé.
John Lennon nos advertía:
«La vida es lo que sucede
mientras haces otros planes».
¿A quién vas a hacer más caso,
a un cantante talentoso y sensible
o a un trabajador ocioso
de la administración local
que cree ser amo y señor
del expolio de todos nuestros sueños?

¡Esa manía que destruye y manipula,
negando la naturaleza, a base de leyes
para protegerla de sí misma!
El principio de la proporción áurea
comprende que un número irracional
vincula la geometría a la materia,
la esencia a la evidencia.
Nada que observes en este plano
es distinto de lo que te espera
al otro lado.

«Toma las llaves», me dicen,
y las guardo en el zurrón
sabiendo que este es
el comienzo de una gran aventura.
Que nos alejaremos de todo
para estar aún más cerca,
más cerca del espacio entre nuestros ojos,
manos y boca, el mínimo admisible;
para considerar solo
lo que de verdad importa, y el sonido
que hace girar,
sobre su propio eje,
al planeta Tierra.

Igual que Ulises emprendió el regreso desde una Troya derrotada a su hogar en Ítaca, y en su periplo encontró obstáculos y tentaciones, la voz que se escucha en estos poemas también intenta —pese a las dificultades— volver a un lugar que reconoce como suyo: Topanga, que aquí no significa casa sino exilio, sitio de paz para reconectar con todo. En su primer libro de poemas, Enrique Bunbury ha escrito la particular historia de ese viaje. Aquí se busca una casa, pero no solo: en ese proceso —en esa odisea— se aprende y se desaprende, se reflexiona sobre el mundo que nos rodea —y que muchas veces nos engulle—, se ama y se intenta comprender. *Exilio Topanga* cuenta —desde la ternura y la ironía, desde la crudeza, desde la crítica social hasta la demora en el paisaje, no postal sino símbolo— un viaje del héroe que se comprende como un viaje del antihéroe: en estos poemas se llama por teléfono a personajes que tienen mucho que ver con los de los relatos de Carver, se mira a quienes pasean por las malas calles igual que por los poemas de la generación *beat*, se sueña un espacio propio en el que confluyan la lírica, la conciencia y la realidad.

**LA
BELLA
VARSOVIA®**
EDITORIAL

ISBN: 978-84-121693-5-5

IBIC: DCF



9 788412 169355